



¡Jesús en el centro!

Álvaro Chordi

Publicado en

http://www.salesians.cat/index.php?option=com_remository&Itemid=30&func=showdown&id=47

1. Contar a Jesús, el Cristo total

1.1. Hace unos meses participé en las bodas de oro y plata sacerdotales de nuestra diócesis, en el que solemos formarnos, celebrar la eucaristía y comer juntos la mayoría de los curas diocesanos. Me senté en una mesa con otros cinco compañeros, en un ambiente muy cordial y con amena conversación.

De aquella comida me quedó grabada una imagen: un cura que ya ha cumplido 70 años que no paraba de narrar a Jesús de Nazaret. A la mínima oportunidad, Jesús se metía en la conversación entre la ensalada y el consomé, el pescado y la carne... Este cura radiaba a Jesucristo con total normalidad y con profunda implicación personal. Me di cuenta que este compañero se identificaba con “ese Cristo total que nace y se construye en la historia humana por obra del Espíritu”.

En varias ocasiones me sentí un privilegiado por formar parte de este “cuerpo” que tiene el lujo de contar con personas tan atravesadas por Jesús de Nazaret. Este hombre estaba fascinado por Jesús. Estaba tocado por el Señor. Sacaba por los poros al Maestro. Le asombraba su forma de ser, de actuar, de vivir, de amar, de servir... Jesús salía a relucir en sus conversaciones, una y otra vez. Entonces me sobrevino esa sana “envidia” que me retrotraía a mi propia historia de salvación.

Cuando ausculto mi corazón, descubro que Jesús es muy importante en mi vida, pero todavía no es el Señor de mi vida y mi corazón. Tengo zonas no evangelizadas, espacios reservados a mí mismo, territorios no compartidos... ¡Cuánto camino queda por recorrer! Me alegra contar con personas que te muestran sin tapujos a Jesús.

Los jóvenes cristianos y las jóvenes cristianas son buscadores de Dios que están dispuestos a dar un giro importante en un momento dado de su vida. Están abiertos a que Jesús les saque de sí mismos, les encamine hacia los demás, ponga en orden sus afectos... Buscan a Jesús de verdad, desean que su palabra inunde su corazón y esperan sentir su poder transformador.

Los jóvenes necesitan auténticos “testigos del Dios vivo”, personas que confiesen a Jesús como el centro de sus vidas, que les ayude a centrarse en Cristo, a creer en Aquel que es “Camino, Verdad y Vida”.

Hemos de “fijar nuestros ojos en quien inicia y completa nuestra fe: Jesús” (Heb 12,2), para que Cristo conquiste el corazón de los jóvenes y los atraiga hacia sí. Cristo hace fecunda la vida de los jóvenes; les ayuda a crecer, a multiplicarse, a dar calidad y a contagiar ganas de vivir. Jesús arrastra, cautiva y convence a los jóvenes. Jesús contagia pasión y ofrece un nuevo modo de vivir y morir.

El contenido de la pastoral con jóvenes es Jesucristo. Jesús es nuestra vocación. En Él



hemos de fijar nuestra atención. Y nuestra mejor tarea consiste en ayudar a los jóvenes a que se encuentren con el Señor, se familiaricen con sus palabras y gestos, se movilicen por la compasión, se activen por el Reino.

1.2. A veces tengo la impresión que **Dios se puede convertir en un extraño en nuestra casa**, que nos pueden movilizar más nuestras ideas, sensibilidades y proyectos que los sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5). Por eso, os invito a consolidar los cimientos de nuestra fe y a crecer en la relación personal con Jesucristo.

Si nos dedicásemos un día o una semana completa a escuchar y tomar nota de lo que hablamos los hermanos, en lo ordinario de la vida, y ver qué nos preocupa, qué nos contamos, qué expresamos... nos sorprenderíamos si viésemos que Dios o el evangelio de Jesús apenas aparecen en medio de nuestras conversaciones, quizá porque lo tengamos reservado para los momentos estelares de las comunicaciones, oraciones, celebraciones, etc. o quizás porque no sea, de hecho, motivo de atención preferente en nuestras vidas. Me pregunto a menudo cómo es posible que el Señor de nuestra vida y nuestro corazón esté tan ausente en nuestros labios, en nuestros diálogos en casa, en el trabajo, en la familia, etc. ¿Será por vergüenza? ¿Será por cierto rechazo a ser tachados de “carcas”? ¿No será más bien porque tenemos tan intelectualizada nuestra fe que no somos suficientemente “tocados” en el corazón y “trastocados” por el Dios de la Vida?

Desde hace tiempo, abrigo en mí esta certeza que comparto con vosotros: **sin anuncio explícito del Evangelio no hay evangelización posible**. Y ese anuncio tiene que empezar por casa, por lo cotidiano de la vida en común. Cuando reflexiono sobre mis comunidades y nuestro acercamiento y relación con los

jóvenes, siempre me invaden estas preguntas: ¿Cómo suscitamos la experiencia de Dios en los jóvenes y pobres? ¿Qué experiencias, testimonios, diálogos, sentimientos... transmitimos y ofrecemos a los jóvenes y pobres para que se encuentren con Jesús Resucitado? ¿Creemos sinceramente que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida? ¿No será que creemos que tenemos luz propia, y nos olvidamos fácilmente que somos hechura de Dios, criatura suya, en vez de creadores?

Si les preguntásemos en el trabajo, en los proyectos, en el vecindario, en nuestras mismas familias... a personas que nos conocen, que saben de nosotros, que nos quieren... qué ven, qué intuyen, qué dirían de cada uno/a, de la comunidad... ¿con qué nos encontraríamos? ¿Sería la relación personal con Jesucristo uno de los rasgos que más sobresalen en nuestras vidas, que más manifestamos ante los demás? Quizás convenga hacer este ejercicio y salir de dudas. Posiblemente dirían que somos cristianos, que vivimos en una comunidad plural y mixta, que socializamos los bienes, que nos preocupamos por los pobres, que somos gente sana y normal..., incluso algunos darían buena cuenta de nuestros espacios reservados a la oración personal y comunitaria, retiros, celebraciones, cursillos... pero no sé si podrían dibujar en blanco y negro o a color nuestra experiencia de Dios, nuestra relación personal con Jesucristo. Al menos, mucha de la gente con la que yo me relaciono, no tendrían los elementos necesarios para poder dibujar o pintar mi corazón creyente.

Creo que podemos mejorar en nuestra sensibilidad creyente y evangélica. Así lo voy descubriendo a lo largo de estos años, en la medida en que voy ejerciendo el ministerio presbiteral con otros cristianos que van enriqueciendo mi biografía vocacional. Pienso que a lo largo de nuestro recorrido vocacional hemos ido alimentando con tino nuestra sensibilidad social, pastoral, secular, profesional, nacional, etc. pero quizás no



hemos atendido suficientemente nuestra fe. Y éste es quizás nuestro talón de Aquiles, y no otro. Durante estos años hemos invertido bastantes energías en nuestra presencia con los jóvenes y pobres, tanto individual como comunitariamente, y necesitamos avanzar en estas lides, pero tal vez haya que recorrer, sobre todo, un camino hacia las fuentes de la vida interior.

A mi modo de entender, la clave reside en ser **testigos de la experiencia de Dios**. Testigo es alguien que ha vivido un acontecimiento central y único, que le ha ganado el corazón y ha transformado su vida hasta el punto de que no puede dejar ya de transmitir lo que vive con su palabra y su conducta. La vida de los testigos queda transformada: ya solo pueden vivir para lo que han experimentado. El testigo ha experimentado un cara a cara, un tú a tú.

Ahora bien, **¿quién es el Señor?** Cuenta Pedro Belderrain que contactando con universitarios y profesionales se llevó una gran sorpresa. Entre ellos la pregunta dominante no era: “Señor, ¿dónde serviré yo más y mejor?” si no “Señor, ¿qué quieres que haga?”. Quien vive en el espíritu del primer esquema puede ser más o menos generoso, capaz incluso de mucho compromiso y renuncia, pero aún mantiene las riendas de su vida y corre el peligro de que Dios, el Padre, sea un convidado más a sus reflexiones, a sus oraciones, un educado ratificador de sus deseos y proyectos. Solo quien se ha pasado al otro campo, y dirige con claridad al Padre, al Hijo y al Espíritu sus preguntas, está de verdad abierto a la fe. La palabra principal ha de ser la de Dios.

Por eso en la relación con Dios es mucho más importante escuchar que hablar: ¿quién es el Señor de quién? Si hacemos silencio, quizá, de nuevo, oigamos una música de fondo conocida: “descálzate, no tomes el nombre de Dios en vano”.

Una mirada, aunque sea rápida y superficial, al Nuevo Testamento, puede ayudarnos a sintetizar los **rasgos de la experiencia del Dios cristiano**. Monseñor Uriarte destaca seis características en la experiencia pascual de los apóstoles:

Una experiencia real que nace del encuentro con el Resucitado (Jn 21,1-14). Los discípulos viven un encuentro que les transforma. Los hermanos hemos tenido que encontrarnos con Jesucristo y podemos recordar una pascua, una tarde, unos días, en los que ese encuentro se produjo con más intensidad; pero no podemos vivir de las rentas de esos momentos. Si lo hacemos, lo más probable es que esas brasas se vayan apagando.

Una experiencia penetrante, envolvente y transformadora (Lc 24,13-22). La experiencia pascual sobrecoge, toca a la persona en su mismo centro y, en un principio, no le impulsa a saltar ni a gritar, sino que la unge desde dentro afectando a todas las áreas de su vida, y convirtiéndose en la experiencia central y básica. La vida de aquel puñado de discípulos quedó transformada “cualitativa y definitivamente”.

Una experiencia movilizadora (Hch 8,4-8). El encuentro pascual moviliza, sacude, activa, despierta. Quienes estaban encerrados o se habían ocultado en la dispersión salen a las plazas, se ponen en camino. Los dormidos despiertan; los caídos se levantan; los medio muertos saltan llenos de vida. El beato Juan XXIII pidió esta experiencia para los católicos de fines del siglo XX. Nosotros hemos de pedirla cada día: ¡Ven, Espíritu Santo!

Que impregna de profunda alegría (Jn 20,19-22). ¡Qué hermosa es una de las intuiciones de “Un Tal Jesús”!(cap.126). El resucitado es reconocido en su manera de reírse. Haced la experiencia de coger un lápiz rojo y de ir subrayando en un ejemplar de los Hechos de los Apóstoles las veces que aparece la alegría. Os sorprenderéis. Es como el fruto más



inmediato del Reino: donde alguien se abre a la Palabra o acoge el anuncio del Evangelio florece la alegría (Hch 2,46; 3,8; 5,41; 8,8.39; 13,48.52; 16,34). Repasad de nuevo esos rostros de los que habéis visto hombres y mujeres de Dios. Podéis haberles visto serios, quizá alguna vez preocupados, pero nunca tristes en el sentido letal de la palabra. El testimonio no puede sostenerse *a golpe de deber*. Necesita ser internamente regado por un agua interior: la alegría.

La alegría producida por el Espíritu no está reñida con el sufrimiento y es “frecuentemente una alegría crucificada”. Brota de una actitud básicamente positiva ante la existencia, animada por la convicción de que la vida merece ser vivida porque es fruto del amor, está abierta al futuro y tiene sentido para mí y para otros.

A la alegría le acompañan *el coraje y la paciencia activa*, el temple, la resistencia. La experiencia pascual dota al discípulo de las tres cosas. Pedro Arrupe habla de la condición *expansiva* de la experiencia cristiana: hay que comunicar lo que hemos visto y oído. Y con la alegría y el coraje, la valentía y el celo, viene esa tenacidad que ayuda a no desfallecer ante la dificultad, a aceptar que la semilla del Reino parece crecer lentamente, a mirar de otro modo (sin negarlos) los problemas que se crean (que creamos) en la comunidad, en la Iglesia. El Espíritu habilita para la resistencia, para la insumisión, para esperar contra toda esperanza. El pan de la Eucaristía fortalece y ayuda a aguantar, a oponerse a Goliat, a sacar fuerzas de donde parece que no hay, a confiar, quizás porque nos va conformando con Aquel a quien comemos, y nos permite mirar la realidad y los acontecimientos con los ojos de Dios.

Los jóvenes y los pobres, los hermanos... necesitamos **testigos auténticos y sólidos**, “que se tengan en pie”. Testigos que comparten la vida, que son compañeros de camino (Hch 8,26-40), que van donde la gente

está, que no construyen el Reino (eficacia) sino que acogen el Reino (fecundidad), que están dispuestos a secundar el plan de Dios en el corazón de cada persona, en vez de “llevar el Evangelio a la gente”, o “aquellos con los que trabajamos”... que saben que no van a salvar a nadie, a lo más, a ayudar a que otros descubran el Reino. Necesitamos testigos que se vivan limitados, pecadores, en camino, en búsqueda, que sean pacientes y valientes, signos del amor incondicional de Dios, que vivan gozosa e implicadamente en la Iglesia, en definitiva, que sean testigos curtidos en la Eucaristía. Éste es nuestro mayor reto, hermanos: *que el Espíritu nos convierta en testigos de la experiencia de Dios*.

Hace unos años, un teólogo alavés comentaba que su gran conversión espiritual consistió en dar el salto de la eclesiología a la cristología. Quizá nos puede pasar a nosotros lo mismo. Que nos creemos tan dedicados al Reino que descuidamos y olvidamos que el Reino es Jesús de Nazaret; que hemos de dejar de obsesionarnos tanto en la tarea para centrarnos en el don; que hemos de dejar de ser tan activos para adentrarnos en la pasividad de Dios; que hemos de hablar menos y escuchar más; que hemos de pasar de *hacer* oración a *ser* oración...

Concluyo este apartado con unas palabras de Henri Nouwen: “El tiempo que dedico a la oración no es un tiempo en el que experimento una cercanía especial a Dios; ni es un período de seria atención a los misterios divinos. ¡Ojalá lo fuera! Por el contrario, está lleno de distracciones, inquietud interior, sueño, confusión y aburrimiento. Rara vez, si es que alguna, gratifica mis sentidos. Pero el simple hecho de **estar una hora en la presencia del Señor** y de mostrarle todo lo que siento, pienso, percibo y experimento, sin tratar de esconder nada, debe agradarle. De algún modo, en algún lugar, sé que me ama, incluso cuando no siento ese amor como siento un abrazo humano, incluso cuando no oigo su voz como una voz humana”



Este es un buen compromiso personal para el curso que comienza: estar con Dios cada día una hora de mi “precioso” tiempo.

2. Jesús en el centro de nuestra vida: del proyecto a la relación personal

Hay una preocupación que me lleva rondando varios años: tal vez hemos articulado nuestra fe (y nuestra concepción de la misión) colocando en el centro la categoría de “**sentido**”. Así *corremos el peligro de vivir para Cristo y sus causas sin relación con Cristo*. Deseo ahondar en esta intuición, sirviéndome de las reflexiones de G. Urbarri (SJ).

En el documento “Orientaciones Generales para los Proyectos de Presencia y Compromiso” (2003) se nos indica que “el fin último de todo mensaje y signo, es la apertura de la persona a la fe y a la vida en Cristo. Ésta es la auténtica y progresiva liberación integral, porque creemos que es en Cristo donde se revela lo que está llamado a ser el hombre y la mujer de esta Historia: horizonte y posibilidad de plenitud y humanidad nueva. Lo humano y la fe no son, por tanto, realidades superpuestas (antropología de dos pisos). No se construye la persona y luego se le anuncia la fe; los valores evangélicos necesitan, potencian y liberan el crecimiento humano”.

Asimismo, en la pasada Conferencia General (2004) se incorporó un nuevo desafío para el servicio evangelizador con los jóvenes: “Superar la dicotomía dimensión humana–dimensión de fe”. Ciertamente hemos avanzado en este desafío comunitario. Aún así, deseo exponer con más detalle este peligro que no hemos de obviar.

Quizás hemos adaptado el evangelio a lo plausible para el público más amplio, reduciéndolo y simplificándolo más de la cuenta. De una primera “secularización” con

intención *pastoral* de adaptar el evangelio a los jóvenes, corremos el riesgo de pasar a una segunda “secularización” *personal* en la que ya son esas categorías las que definen y articulan nuestra misión, nuestra auto-comprensión personal y del evangelio.

La cristología que circula más entre nosotros puede pecar de bajo nivel de confesión creyente en Jesucristo, como el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios, el Salvador; y eso alimenta una autocomprensión achatada de la pastoral que hacemos con jóvenes y pobres.

Podemos considerar a Dios como un valor o un sentido; si es así, como diría J. Metz, “este Dios, en la religión burguesa, está como muerto. Dios reconvertido en “valor”: ésa es la suerte de Dios en la religión burguesa”.

Estamos prisioneros de esta manera de concebir a Dios si orientamos nuestra actividad pastoral como viviendo valores y transmitiendo un sentido (*modelo de sentido*). En el fondo, domesticamos a Dios y encapsulamos su misterio. Sin contacto con la Fuente, nuestra vida se convierte en la vivencia de unos valores, en la prosecución y la proclama de un sentido. Y Dios, para la fe cristiana, es mucho más que un sentido: es una persona libre que entra en relación conmigo, relación a partir de la cual brota vida verdadera (*modelo de relación*). Entrando en relación con Dios descubriré un sentido radical y profundo a la vida, apreciaré enormemente muchos valores altamente estimables, perseguiré objetivos valiosos por los que luchar y me propondré un programa exigente de vida. De un Dios entendido como valor y sentido, se sigue una pastoral de valores y sentidos. Ahora bien, ¿cómo va a emerger el testimonio de nuestro Dios y Señor en una pastoral de valores y de sentido?

Es fundamental **enamorarnos de Jesús**, focalizar nuestra relación con Jesús como Señor y conductor de la vida, sanador de nuestras heridas, instructor de discípulos que



envía y a quienes educa en el arte del acompañamiento en la fe... Desde la relación con Jesucristo vivo se reconocen, se aprecian y se viven una serie de valores, se descubre un profundo sentido que lo penetra todo. La relación personal con Jesús, que me mira, me llama, me envía, me pregunta por la misión, me ilumina y me acompaña en el camino diario no puede faltar. Esta relación es singular, única e irreplicable y no se puede delegar. En este modelo la lectura de la Palabra y el tiempo para meditar e interiorizarla, el encuentro sacramental con Él, la oración personal y comunitaria son piezas cardinales.

Así nunca estaré solo ni el objetivo será la implantación a toda costa de un proyecto, el logro de unos resultados evaluables, el acierto en la transmisión de unos valores a pesar de un ambiente adverso. Así **pasamos a pertenecer al Señor Jesús y no a nosotros mismos** (Gal 2,20); pasamos a vivir desde la novedad que irrumpió con Jesús, pues en lugar de trabajar por lograr que el reino triunfe y se implante vivimos ya dentro de la dinámica misma del reino, en la que el Señor Jesús es el Señor, el Kyrios. Participamos entonces de la novedad escatológica del reino.

Mientras que en el modelo del sentido se centra en las cuestiones antropológicas del sentido de la existencia; en el modelo de la relación cabe la vocación cristiana, porque el Señor puede irrumpir pidiéndolo todo para seguirle. Mientras que en el primer modelo prima el voluntariado y las ONG, en el segundo cada uno se ha de poner desnudo delante del Señor, para ofrecerse humildemente a su servicio.

No tenemos más que mirar a **los primeros discípulos**. Algo les sucedió a esos discípulos amedrentados que les cambió la vida. Una fuerza, el Espíritu, irrumpió en sus vidas y les llenó de coraje; un amor nuevo y un arrojo les lanzó a predicar por todos los rincones del mundo conocido que el Señor Jesús estaba

vivo y regalaba vida nueva. No hablaban de un sentido, sino de lo que habían experimentado y se seguía de este encuentro con Jesús. ¿Cuál es el modelo pastoral de estos discípulos? En ellos, la relación y el encuentro con el Resucitado parecen determinantes.

Jesús nos invita a vivir nuestra tarea y misión no solamente como obreros de la causa de Jesús, como trabajadores del reino de Dios, sino como personas que viven en relación con Jesús y por eso continúan afanándose como su Maestro por sus preocupaciones e intereses. No es lo mismo empeñarse en causas justas y nobles, como la lucha por la justicia y la opción preferencial por los pobres, muy conformes con el mensaje de Jesús, que vivir en relación directa con Él.

El encuentro con el Resucitado genera también la convicción, el aplomo y el fondo de seguridad de saber que **“mi redentor vive”**. Pase lo que pase, el Señor Jesús ha dado su vida por mí. Mis muchos fracasos y sinsabores adquieren otro tono si los pongo en manos de Jesús. Porque sé que puedo descansar en Él y dormir tranquilo, pues Él es la piedra angular de la construcción de la casa (Sal 118,22). Mi vida, entonces, no se orientará hacia el logro de metas sobrehumanas que me pidan la extenuación permanente. Lo lógico es desplegar la alegría de la salvación y hacerlo desde el discernimiento de las urgencias de mi Señor, sin ocupar su puesto.

Una persona que siente en lo profundo que su vida ha sido salvada de los abismos de la muerte se mueve desde el agradecimiento profundo. Su acción es respuesta al don recibido, que reconoce insuficiente en comparación con la magnitud de lo recibido. Desde esta vivencia sabemos que lo fundamental no será lo que nosotros podamos lograr; sino lo que el Señor Jesús haga y lo que le dejen hacer a Él aquellos con quienes tratemos. Sabremos de sobra que somos siervos inútiles (Lc 17,10) y podremos



relativizar enormemente nuestro papel, siempre secundario y subordinado.

El seguidor de Jesús es un mensajero itinerante y predicador, que camina en pobreza con la fuerza del Señor Jesús y manifestando la buena noticia de la llegada del reino de Dios. **No vamos solos ni estamos solos**; junto con nuestras fuerzas y cualidades, está la fuerza del Señor, que envía y acompaña, quien nos espera al fin de la jornada para que conversemos el día orantemente con Él. Desde aquí se percibe que tan importante como afanarnos en el cumplimiento de la misión, es reemprender continuamente el camino de la Fuente, para encontrarnos con quien nos envía, verificar a qué, cómo y por qué.

Como expresa J. Gevaert, hemos de presentar a Jesucristo como un testigo que seducido por Dios, que vive radicalmente para la causa de Dios y hace ver con sus grandes obras, con la enseñanza y el testimonio de su vida, que Dios es el centro del hombre y que en la acogida de su amor está la fuente de la vida eterna. La simpatía y la admiración por Jesucristo tienen que conducir al misterio de Dios. La simpatía no es ante todo la admiración por un hombre socialmente comprometido, que criticó la práctica religiosa y a la sociedad de su tiempo, sino que es, ante todo, simpatía por un hombre totalmente seducido por Dios y que, por ello, hace el bien, reconcilia y libera al hombre.

3. Los jóvenes nos hacen mover ficha

3.1. En un mundo cambiante

La propuesta de fe en nuestro tiempo plantea muchos interrogantes e inquietudes. El paisaje socio-religioso ha cambiado mucho. Y continúa cambiando. En este contexto

inestable, ¿cómo despertar a los jóvenes en la fe? ¿Cómo aprehender la novedad a la que nos enfrentamos?

Las mentalidades se han secularizado, la pluralidad estalla por todas partes, la memoria cristiana se pulveriza, la práctica religiosa continúa flaqueando. La religión ha llegado a ser para algunos un asunto del pasado y, para un buen número, una opción personal que se quiere tener y mantener en el secreto íntimo de la conciencia.

Constatamos la realidad evitando caer en la nostalgia o en el desconcierto. Conviene tener una mirada positiva y una actitud de simpatía hacia este mundo y hacia este momento. Este mundo y esta época que Dios ama.

Hay varios rasgos que se impregnan fuertemente en las mentalidades y la sensibilidad de los jóvenes. Los obispos de Québec en su documento de orientación “Proponer hoy la fe a los jóvenes: una fuerza para vivir” (se puede bajar en www.gazteok.org) resalta una cultura marcada por los medios de comunicación, una cultura marcada por el pluralismo, una cultura que valora la autonomía de las personas, una cultura democrática que valora la participación y el debate y una cultura pragmática, crítica y marcada por la ciencia y la técnica.

3.2. Cuando teníamos las respuestas... nos cambiaron las preguntas

Vivimos en una **cultura líquida**. Hemos dejado atrás una cultura sólida, y no sé si nos encaminamos a una cultura gaseosa. Todo es móvil, todo es flexible, todo cambia. Lo líquido no tiene forma en sí mismo: adopta diversas formas según los recipientes. Los esquemas que teníamos para entender el mundo se nos desmoronan y, sobre todo, descubrimos que resultan difícilmente comprensibles para los jóvenes.



La **racionalidad moderna** nos invitaba y nos hizo desarrollar procesos de modernidad. La vida como proyecto, dirigida por la persona, centrada en un valor, ordenada y orientada por él. A esta mentalidad moderna le correspondía un modelo de proceso lineal. Concebía a la persona como ser fundamentalmente racional, unitario, que tomaba decisiones sobre la propia vida con la voluntad: el componente afectivo y social servía como motivador y aglutinante y “coherencia” era la palabra mágica que se explicaba por sí sola.

No podemos renunciar a estas conquistas, pero nos encontramos en un escenario distinto. A la **racionalidad posmoderna** no le sirve ese tipo de procesos. En los tiempos que vivimos, nos damos cuenta de que la unidad de la persona es una conquista, no un presupuesto; que la racionalidad intelectual y lógica se ha mostrado incapaz de dar sentido a la vida y darle unidad, por lo que ha caído en detrimento de otras racionalidades, que lo que convence no es lo lógico sino lo significativo, lo afectivo y vivencial. Si tuviéramos que usar una palabra mágica, no sería coherencia sino “intuición”.

Pero **nos cuesta ser coherentes** con nuestro propio discurso y con el análisis de realidad que hacemos: hablamos de que los jóvenes de hoy tienen identidades tipo puzzle y, sin embargo, nos empeñamos en acompañarlos sin tener en cuenta esa realidad que, en el fondo, no nos gusta. Sin embargo,

- tal vez los jóvenes son constructores más activos hoy que antes de su identidad... están obligados a serlo si quieren tener identidad...
- puede que no sean más libres, pero tienen menos elementos determinados. La sociedad de hoy ofrece tal abanico de ofertas, aunque muchas no estén a su alcance, y ofrece tan pocos caminos fijos, que se encuentran permanentemente con multitud de opciones posibles, y al mismo tiempo, eso les hace más complicada la libertad...
- admiten grados de adhesión variable. Nada es todo o nada, todo requiere síntesis y por eso, es muy difícil lograr la identidad...
- hoy se niegan a renunciar a elementos valiosos de su propia identidad sin una buena razón. No están dispuestos a renunciar a la afectividad, al placer, al encuentro...

	MODERNIDAD	POST MODERNIDAD	CONSECUENCIA PASTORAL
Principio rector	Racionalidad lógica científica	Otras racionalidades (afectiva, emocional, intuitiva, artística)	No sólo ni principalmente formación intelectual
La vida como...	Proyecto previsible y ordenado que está bajo mi control	Sucesión de experiencias La vida como aventura	Provocar experiencias vitales significativas (encontrar el tesoro para venderlo todo)
El ser humano	Racional y unitario, tomaba las decisiones sobre la propia vida con la voluntad	Fragmentario y contextual, con libertad pero muy condicionada La unidad es una	Acompañar procesos de construcción de la identidad, dotando de herramientas para



		conquista, no se presupone	construir la identidad
Característica central del ser humano	Autonomía del sujeto La persona es un ser libre, autónomo, completo en sí mismo, capaz de dominar el mundo, actuar sobre él	El ser humano como ser relacional. Los “otros” es el piso (móvil) en el que me asiento. Somos dependientes y relativos. Núcleos cálidos	La comunidad como referente significativo. Comunidad vital y afectiva, y no solo funcional o de proyecto
Procesos	Lineales (se fijaba una meta y se ponían los medios necesarios para llegar a ella; un paso detrás de otro)	Circulares/ en red (no hay un único camino; curvas, idas y venidas; no hay una única forma de realizar el camino)	Cambio en el estilo de proceso pastoral, reconociendo el valor de la pluralidad y la diversidad de caminos
Motor de decisiones	Deber ser, la fidelidad a las opciones hechas. “Porque debo”	Convencimiento/ adhesión vital. “Porque lo creo, lo quiero”	Procesos de mayor profundidad que toquen el corazón de la persona y provoquen adhesiones vitales
Cauce de los procesos	Afectivo y social (grandes grupos que arropaban)	Libertad de elección que sitúa al joven solo y desprotegido en la orientación de su vida	Personalización de los procesos
Razón para las decisiones	Coherencia	Intuición	Significatividad del testimonio y la experiencia

3.3. Comunicarse bien con la generación Einstein

Los jóvenes de la generación Einstein son distintos de nosotros, que la mayoría pertenecemos a la generación X o Generación Perdida o la Generación del Baby Boom. **Ellos son distintos de nosotros**, son una generación que ha nacido en un mundo absolutamente diferente del nuestro, ni mejor ni peor, pero radicalmente distinto. Sólo aceptando esta premisa, lograremos comprenderlos.

Una **generación** es un conjunto de personas que viven en una misma época porque han nacido durante un período máximo de 20 años, y que experimentan de manera similar los grandes sucesos ocurridos durante su período vital: acontecimientos históricos, estructura política y económica, cosmovisión, normas y valores, personajes importantes, cultura, música, programas de televisión, moda, etc.

En la vida de un ciudadano medio influyen tres generaciones: la de sus abuelos, la de sus padres y la suya propia, la de sus coetáneos.



Para los jóvenes actuales son la del Babyboom (abuelos), la Generación X (padres) y la

Generación Einstein (la de sus coetáneos).

Baby Boom (1945-1955)	Generación X (1960-1985)	Generación Einstein (1988-Actualidad)
Protesta	Negatividad	Optimismo
Reconstrucción de posguerra	Depresión económica	Crecimiento, estructuración y prosperidad
Muchísimos ideales	Vacío ideológico	Ideales tradicionales
Ninguna marca	Surgimiento de marca	Marcas omnipresentes
Ardientes	Relativistas	Serios
Otro futuro	Ningún futuro	Buen futuro
Búsqueda de la personalidad	La personalidad es un concepto	La personalidad es algo real
La identidad es ser independiente de los padres y de la autoridad	La identidad equivale a pertenecer a un grupo	La identidad es ser sincero con uno mismo

La **Generación X** o Generación Perdida nació entre 1960 y 1980. Era, en esencia, una generación negativa porque vivió un período de grandes desencantos con el fin de las ideologías, el desprestigio de los puntos de referencia colectivos y el avance del consumismo. A esta generación le costó llevarse bien con el pluralismo, la fragmentación y sobre todo la complejidad de la moderna sociedad de la información que se estaba formando en los años noventa. El mensaje era claro: la única manera de sobrevivir en un mundo de semejante complejidad es no tomarse muy en serio a uno mismo. El momentismo, cada individuo crea su propia verdad en función del momento, el lugar o el tiempo. Todo esto lleva a una exagerada relativización de todo basada en la idea de que la verdad apenas es un punto de vista.

La **Generación Einstein** ha crecido en una sociedad informatizada que les ha dotado de una manera de procesar la información más cercana a Einstein (creativo y multidisciplinar) que a Newton (racional, lógico y lineal). Y que

al igual que Einstein cambió nuestra concepción del Universo, ellos pueden cambiar el aspecto de nuestra sociedad. Su forma de pensar, de mirar y de razonar difiere tan esencialmente de la nuestra, que podríamos hablar de un cambio paradigmático. Creemos que, cuando esta generación sea adulta, habrá cambiado para siempre el uso y tratamiento de la información y del aprendizaje.

Estos jóvenes se han adaptado de una manera única a su entorno, como nunca antes había ocurrido, y saben mejor que nosotros cómo son las cosas. En los últimos años nuestra sociedad se ha vuelto irreconocible. Descansa sobre los siguientes pilares: información continua las 24 horas del día durante los 7 días de la semana (24/7), la mercantilización llevada a sus últimos extremos y unida a un alto nivel de bienestar que alcanza a todos los sectores de la sociedad, la cultura de la imagen creada por los medios de comunicación y la multiculturalidad.

Ha cambiado la forma en que los jóvenes manejan la información, las fuentes de las que



obtienen conocimiento y quién se lo aporta. Se produce el fin de la Gran Verdad, el final del genuino monopolio del Conocimiento con mayúsculas porque ellos mismos pueden acceder a innumerables fuentes de información y construir su propia verdad. El mundo se ha hecho más grande (chatean con alguien de Australia), pero al mismo tiempo más pequeño (el australiano puede convertirse en un amigo y sentirlo muy cercano). El bienestar, la variedad de la oferta y la creciente mercantilización han acarreado la necesidad de un proceso de selección donde prima la calidad y la originalidad. La palabra ha sido desplazada por la imagen como vehículo de conocimiento, se han vuelto expertos comunicólogos y la multiculturalidad es para ellos una realidad cotidiana, en la escuela, la calle, el parque, entre sus amigos, en todas las facetas de su vida.

Para comunicarnos bien con la Generación Einstein, hay que tener en cuenta que:

- La GE es **experta en medios de comunicación**. Los jóvenes han crecido en un mundo donde ya no existen los monopolios de la información. En esta globalizada sociedad de la Información 24/7 la noticia sobre cualquier tema se difunde casi al instante por los más recónditos lugares del planeta. Por esta razón, ellos exigen honorabilidad y transparencia.
- Son **receptores profesionales**, que comprenden cómo funciona la comunicación y el marketing. Si un producto, campaña, idea o servicio no es relevante o, por cualquier razón, no despierta su interés, ni te verán ni te oirán. Será invisible para ellos.
- Están **en contacto constante entre ellos** y la información se difunde a toda velocidad dentro de su grupo.

Puede ser positivo porque cuando el boca a oreja funciona, se vende, realmente se vende. Pero también peligroso, porque las opiniones negativas corren con la misma velocidad que las positivas.

- La GE **confieren a los medios una relevancia emocional**. Ven el ordenador y el móvil como máquinas sociales, aparatos plenamente integrados en su vida que les facilitan el contacto continuo con sus redes sociales de amigos y conocidos. A ellos no les interesan las prestaciones técnicas de los medios en sí mismas, sino en relación con sus prestaciones emocionales, con el sentido emocional que tienen para ellos.
- La GE también se articula como parte de una **segmentación vertical** basada en intereses y aficiones, que se hacen extensivos a todas las edades y nacionalidades.
- La GE está acostumbrada a **leer y reaccionar de inmediato**. No suelen quedarse callados, aunque también saben escuchar. Espero siempre una doble dirección en la comunicación, una interacción entre emisor y receptor. Nosotros esperábamos siempre lo contrario, que fuese unidireccional y que a nosotros siempre nos tocará el papel de receptores. Ellos son emisores y receptores indistintamente. Como emisores, en Internet se promocionan a sí mismos por medio de weblogs y de webs de perfiles.

La GE siente **respeto** por toda persona que sea auténtica y tenga una identidad propia, por todo aquel que sea “él mismo”. Con ese tipo de personas no necesitan ni estar de acuerdo, ni que les caigan simpáticas, sólo les importa que sean sinceras, personas de verdad. Las



instituciones deben aplicarse la misma regla: deben ser lo que realmente son (**autenticidad**) y no aparentar que son jóvenes o modernas.

3.4. Claves para impulsar la PJ

Somos conscientes que estamos cerrando una época y nos abrimos a unos tiempos nuevos y apasionantes. Nos estamos adentrando en caminos inéditos e inciertos, imprevisibles y desconcertantes... que requieren de nosotros una apertura, confianza y creatividad insospechadas. Es una gran oportunidad que se está convirtiendo en invitación y reclamo para ir a lo esencial de nuestra fe, vivir coherentemente desde ella y mostrarlo sin tapujos a los demás.

Asistimos a un cambio de ciclo que va generando un *nuevo paradigma* que sin duda, nos llevará al corazón de la fe, a encontrar la fuente, y nos hará más creíbles para ir mar adentro y reescribir con los jóvenes el Evangelio. Y con ellos desencadenar verdaderos procesos de conversión y personalización de la fe.

La situación actual nos interpela y provoca reacciones diversas. Ahora bien, si queremos iniciar y profundizar en la experiencia del Dios de Jesús de Nazaret con las generaciones jóvenes, nuestras comunidades necesitan cambiar de mentalidad, repensar la pastoral con jóvenes, asumir unas estrategias evangelizadoras diferentes y desarrollar una espiritualidad de resistencia que nos convierta en referentes alternativos y de contraste en el mundo de los jóvenes y en la sociedad en general.

Os presento unas *claves de fondo* para una nueva pastoral con jóvenes que alumbra la experiencia vivida en el seno de nuestras comunidades y de la Delegación Diocesana de Pastoral con Jóvenes de Vitoria.

3.4.1. Vivir más abiertos al viento y a las sorpresas del Espíritu

Estamos a las puertas de un nuevo éxodo que exige de todos los agentes de pastoral una gran certeza: vivir más abiertos al viento y a las sorpresas del Espíritu. Esto supone trasladar esa excesiva confianza en nuestras propias fuerzas a depositarlas en el Espíritu, que nos precede y prepara la ruta, que es quien verdaderamente acompaña a los jóvenes.

Nuestras comunidades han de ser capaces de gestar creyentes que sepan captar la actuación del Espíritu en la vida de los jóvenes, para ayudarles a reconocer dicha presencia y aprender a vivir desde ella. De ahí la urgencia de expropiarnos de “nuestra” obra y “autoevange-lizarnos”, sumergiéndonos en la novedad y radicalidad de la fe cristiana.

Estamos convencidos que *tenemos toda una vida para llegar a la fe*. Hasta ahora hemos considerado la franja de la juventud una etapa de la vida suficientemente amplia como para iniciar a la fe; sin embargo, intuimos que quizás haya que alargar esa estancia en tramos posteriores de la vida adulta, cuando la propia existencia ofrezca experiencias adecuadas para apreciar la presencia del Espíritu en sus vidas y ser capaces de entrelazar las diversas experiencias vitales y de fe hasta llegar a completar el dibujo vocacional que permita encontrarse con su fuente. El compañero de camino durante esos años es el Espíritu, que se convierte en el primer responsable de la educación permanente de los creyentes.

Esta clave exige estar muy conectados con el Espíritu, vivir en su Presencia, sentirse permanentemente enviados, saber de quién nos hemos fiado. También requiere confianza en el factor tiempo, sabiendo que no todos reciben de la misma manera lo que ofrezco, que el ritmo de las personas tiene poco que ver con las pretensiones y expectativas



evangelizadoras que nos marcamos a diario, y sobre todo, que unos siembran y otros recogen... y en muchos casos no vamos a ser testigos de la cosecha.

Hay una parábola evangélica que puede ayudarnos a vivir más de fe nuestro día a día con los jóvenes.

“Sucede con el Reino de Dios lo que con un grano que un hombre echa en la tierra. Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto está a punto, enseguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega” (Mc 4, 26-29).

Lo único que hace el hombre es echar el grano y meter la hoz. El resto lo hace la tierra. “Duerma o vele”, duerma o se levante. Dormir es abandonar, aceptar que no todo está en mi mano. Mis fuerzas son limitadas y necesito un tiempo en que no soy protagonista de nada sino que hay un abandono en los sueños. Hacer lo que está en nuestras manos (echar la semilla y meter la hoz), pero en medio aceptar etapas, ritmos y modos en que uno no tiene el control y puede dormir.

Abunda más en nosotros la ansiedad apostólica que el abandono. “No es preocupéis por lo que vais a comer... sino buscad (no dice preocupaos) primero el Reino”.

3.4.2. Proponer procesos plurales y diferenciados

Vivimos en una cultura marcada por el pluralismo. Los sujetos de nuestra acción pastoral son jóvenes en situaciones vitales y de fe muy diversas, con diferentes motivaciones. Mal que nos pese, no basta con ofrecer procesos formativos adaptados a cada

edad; es necesario ofrecer procesos diferenciados, incluso para personas de edad semejante.

El camino recorrido hasta ahora sigue siendo válido para *algunos* jóvenes; pero hemos de diversificarlo a través de la búsqueda de nuevos recorridos formativos que puedan llegar también a los chicos y chicas alejados de la Iglesia. El deseo de entrar en comunicación con *todos* los jóvenes exige de nuestra parte una pluralidad de áreas y modalidades de intervención: con el que viene a la Iglesia, con el que aún debe escuchar el primer anuncio, con el que recomienza a ser cristiano, con el que ya se halla comprometido en algún ámbito de socialización y con el que está marginado o a disgusto. Por eso es necesario que desde el corazón de la comunidad cristiana broten intervenciones específicas suscitadas por la misma intencionalidad y pasión evangelizadoras.

En estos tiempos nuevos toca adecuar los procesos de iniciación cristiana a la situación actual. Sigue siendo necesario diseñar itinerarios educativos de corte catecumenal, pero estos itinerarios han de ser mucho menos lineales y estandarizados. Ahora bien, junto a ello, hoy valoramos la urgencia de desarrollar “un estilo de proceso que, manteniendo y potenciando la claridad del objetivo y el horizonte, responda a la realidad de los jóvenes en la cultura actual. Se trata de apostar por un proceso que sea más *modelo “red”* que *“camino”*, en el que se ofrecen muchas posibilidades para llegar al mismo sitio, ofreciendo muchas puertas de entrada y permitiendo muchas salidas, pero, en todo caso, visualizando un horizonte claro.

Este estilo de proceso “modelo red” nos invita a tener muy presente que hay pluralidad de situaciones de partida y de lugares de encuentro de los jóvenes -parroquias, centros educativos, asociaciones, movimientos, proyectos sociales, voluntariado, espacios abiertos, etc.; pluralidad de itinerarios y



modos de hacer y pluralidad de situaciones de salida del proceso.

Ya no nos valen sólo los itinerarios rectos y lineales, donde hay una única receta a la que sumarse. Más bien, hay muchos itinerarios posibles que son en sí mismos múltiples, con muchas dimensiones, y que pueden desarrollarse con diferentes ritmos, y que hay bucles en el camino que permiten llegar al mismo lado por diferentes caminos. Hay actividades y elementos válidos para distintos momentos del camino, polivalentes en función del momento del proceso. Hay un crecimiento en espiral”. La clave reside en el agente de pastoral, que ha de tener muy claro el horizonte, los objetivos y los ritmos.

Creemos que la fe se descubre a modo de “*trechos de camino*” que se recorren en compañía de otros y otras creyentes mediante trazos discontinuos y ocasionales que van configurando el puzzle de una fe adulta a lo largo de toda la vida. Como afirman los Obispos de Québec, “hay que comprender también que para muchos jóvenes, en las condiciones en las que se encuentran, esta fe, incluso fragmentaria y todavía poco coherente, representa con frecuencia el máximo posible de adhesión”. Y esto hay que tenerlo muy en cuenta en nuestra labor cotidiana con los jóvenes.

José María Olaizola, siguiendo a Ignacio de Loiola, nos invita a intentar hacerse todo a todos, *entrar con la de ellos para salir con la tuya* (que, si la intención es recta, será la de Dios). Hay que multiplicar los puntos de encuentro y de contacto, y las ofertas para llegar a muy diversas demandas y sensibilidades. Que los grupos no pueden serlo todo, dado que hay personas que pueden estar inquietas y ansiosas de algún tipo de actividad, pero por muy diversas razones se van a resistir con uñas y dientes a las propuestas de grupos de reflexión o profundización en la fe. En nuestros centros pastorales toca detectar distintos caminos y

ofrecer vehículos que hagan todos esos recorridos, para que la gente se suba en alguno (y por cierto, también irán a distintas velocidades). Se trata de ofrecer experiencias que toquen la formación, la celebración, la reflexión, el servicio, la comunidad, el diálogo, la oración... que sirvan de punto de contacto de modo que cada persona pueda encontrar algún puente tendido por el que comenzar a recorrer un camino, y desde ese contacto primero ir ofreciendo distintos itinerarios de profundización para ayudar a las personas a responderse a los cuatro interrogantes básicos de la pastoral: Dios, la Iglesia, el mundo y uno mismo. Pero siempre desde una capacidad de adaptación enorme para ir amoldándose a las innumerables situaciones de las personas que se acercan.

3.4.3. Fortalecer la pertenencia comunitaria y eclesial

Cuando llegan a nuestras manos proyectos de pastoral juvenil nos encontramos, en la mayoría de los casos, que la comunidad es la gran ausente en dichos proyectos. Y cuando no hay sujeto, o el que hay se muestra muy difuso, el proceso evangelizador va muy desencaminado.

“Hemos de reconocer que el problema fundamental de la pastoral no radica en los proyectos y procesos pastorales de la evangelización y de la educación en la fe, sino en el sujeto capaz de suscitar una búsqueda personalizada, un encuentro profundo y un diálogo fecundo abiertos a la propuesta del Evangelio. Este sujeto no es otro que la comunidad cristiana”.

La comunidad cristiana es el sujeto, el ámbito y el destino en el que la fe cristiana se vive como proyecto de vida personal y comunitaria y desde el que se propone como experiencia de nueva vida abierta a la fraternidad y a la solidaridad. *Sin comunidad, no hay proceso evangelizador que se sostenga en pie.*



Por tanto, toda acción pastoral debe fundamentarse ante todo en la vida de la comunidad, en su carácter significativo sacramental, en el proyecto del que es portadora. Sólo de esta manera la comunidad podrá ser sujeto pastoral.

La comunidad es quien suscita y acompaña el proceso de jóvenes. Su responsabilidad se concreta en ser signo, testimoniar y significar con su vida la propuesta del Reino; salir a buscar a los jóvenes, como instrumento de la iniciativa de Dios; acoger la realidad de los jóvenes, sus necesidades y búsquedas; interpelar y proponer, ofreciendo experiencias y espacios donde los jóvenes puedan encontrarse con Jesús; acompañar el proceso de apertura y crecimiento en la fe.

La *pertenencia comunitaria y eclesial* es central en el proceso educativo en la fe. Los jóvenes no pueden pertenecer sólo a sí mismos y, de manera vaga, a Jesús y a la comunidad. El sentido de pertenencia es componente importante del sentido de identidad. Nadie sabe quién es mientras no ha descubierto a quién y a qué pertenece. Alimentar estas pertenencias básicas es esencial para nuestra pastoral con jóvenes. Pasar de la “necesidad de estar juntos” a aglutinarse en torno a un proyecto compartido.

Así pues, son imprescindibles los *pequeños relatos* como comunidades de referencia. Hoy el joven no se vincula a grandes relatos como antaño nos hemos vinculado. En otras épocas ha funcionado, primero, la ilusión del gran relato, y después descubríamos el pequeño relato como comunidad de vida. Hoy el método es al revés: el joven no se vincula a nada si no encuentra un pequeño relato que le resulte cercano, con calor afectivo, con relaciones interpersonales, vida en lo cotidiano, en el día a día. A partir de ahí tendrá que descubrir el gran relato, incluso para la misma vivencia vocacional.

Sin comunidad, todo anuncio creyente queda huérfano de un espacio de interiorización, de “verificación” y de celebración; sin el testimonio y la proclamación de individuos concretos, el Evangelio quedaría mudo para el mundo.

Estamos asistiendo a un notable aislamiento de los jóvenes respecto al resto de la comunidad cristiana. Aunque nadie duda de la necesidad de espacios propios para ellos, es muy posible que esta estrategia haya impedido muchas veces su inserción eclesial. La pastoral con jóvenes es parte integrante del resto de la comunidad. Para trabajar en línea comunitaria con los jóvenes es esencial formarlos en una comunión general con el resto de la comunidad eclesial. Así, los jóvenes han de *participar activamente del “ritmo vital” de la comunidad*, animándola permanentemente, pues ellos mismos son parte integrante de la comunidad.

3.4.4. Entrar en una nueva “lógica” misionera

Es necesaria una evolución particular de los procesos formativos de jóvenes que llevamos adelante en nuestras plataformas pastorales, pero este esfuerzo ha de ir precedido y acompañado de otras acciones misioneras con los jóvenes. Para llegar a una gran parte de los jóvenes que se encuentran alejados de la vida de la comunidad cristiana, será necesario avivar una verdadera acción misionera en la que los jóvenes creyentes deben de asumir una responsabilidad y un protagonismo especiales. Nadie como ellos mismos podrá ofrecer un testimonio vivo del significado que el Evangelio tiene para la sensibilidad, las inquietudes y los problemas de la juventud actual.

La pastoral con jóvenes no es ni debe ser solamente para los de “dentro”, sino que hay que salir “fuera”, con un talante nuevo y misionero allí donde se encuentran los



jóvenes. El mundo de los jóvenes es un mundo poco evangelizado. Se está produciendo un éxodo de los jóvenes respecto de la Iglesia. “Uno de los signos de nuestras carencias espirituales y evangelizadoras es la gran dificultad que experimentamos al transmitir la fe a las jóvenes generaciones”.

“Hace falta una *primera evangelización* que tiene como objetivos: primero, crear posibilidades reales para encontrarse con Jesucristo y su Evangelio, así como lugares en los que sea posible tener la experiencia del cristianismo; segundo, dar a conocer las propuestas y exigencias fundamentales del Evangelio de Jesucristo; tercero, invitar a realizar seriamente la conversión a Dios y la adhesión a Jesucristo y su Evangelio; cuarto, acompañar, si es posible, a las personas interesadas a lo largo de ese proceso que debería cambiar profundamente su vida”.

En la realidad juvenil de cada día conviven todo tipo de jóvenes en diferentes ambientes y situaciones, y con planteamientos culturales muy diversos, que afectan incluso a la forma y estilo de vivir. Todo esto constituye el campo de la pastoral con jóvenes que, para considerarse y ser misionera, tiene que superar las convocatorias y los campos de acción reducidos a los ambientes intraeclesiales y dirigidos a los ya cercanos, para abrirse a otros ambientes y dirigirse a todos los jóvenes.

La mayoría de los jóvenes ya no provienen de ambientes religiosos y muchos de ellos ni siquiera han realizado una primera apertura a la fe; por ello es necesario salir a su encuentro desde su misma realidad, siendo capaces de adaptarse a sus demandas e intereses, ayudándoles a descubrir su protagonismo y así puedan asumir un día, de manera libre y consciente, la propuesta de fe. La pastoral con jóvenes debe estar abierta a todos e ir allí donde están los jóvenes y, especialmente, los jóvenes más necesitados, porque todos tienen

derecho a escuchar la Buena Noticia de Jesús. Así pues, apostamos por una *pastoral de “desplazamiento” y de “puertas abiertas”* a todos los jóvenes.

No hemos de tener miedo a los *ensayos* pastorales de corte misionero. Hemos de salir a la calle a buscarles, abrir nuestros servicios e iniciativas a los jóvenes que no vienen o que se fueron, soñar en otras propuestas pastorales que atraigan a los jóvenes, que rompan moldes establecidos, que alíen a unos jóvenes cristianos con otros, para que con coraje y audacia generen experiencias de vida en otros jóvenes que todavía no conocen a Jesús ni su Evangelio.

3.4.5. Cultivar la personalización de la fe

a) Suscitar la experiencia de Dios en todo momento

Uno de los mayores dramas de la presencia de la Iglesia en el mundo de los jóvenes consiste en reconocer a multitud de jóvenes que han participado en nuestras plataformas pastorales y, sin embargo, no han “conocido” a Jesucristo y su Evangelio, no han experimentado a Dios y la vida los va engullendo en un estilo de vida en la que prescinden de hecho de Dios y su Reino. Quizás no hemos sabido ayudar a que el joven se “reapropie” la fe desde la propia identidad personal.

Entre las debilidades de la fe juvenil que hemos de subsanar figura el déficit de su *experiencia orante*. Es evidente que se necesita una mínima infraestructura espiritual para captar la llamada a la trascendencia, una cierta sensibilidad para caer en la cuenta de que estamos habitados por el misterio amoroso de Dios. Por eso, iniciar a los jóvenes de manera intensa, sistemática y pedagógica a la oración individual y comunitaria resulta capital para su fe.



Es preciso ayudarles a pasar de la relación intimista con un Dios que acaricia su sensibilidad a la relación estimuladora con un Dios que interpela su vida entera y motiva su compromiso. Hemos de educar a la invocación, para que el joven descubra en su vida una actitud personal de confianza hacia alguien que está más allá de la propia vivencia; consistirá en educar entre la experiencia y la esperanza. Una educación a la invocación que consiste en hacer experiencia de trascendencia y que lleva al encuentro con Cristo. Para ello hemos de reconocer el silencio como espacio a explorar, como posibilidad de escucha de una palabra distinta a la del mismo joven, a las palabras de siempre; espacio para escuchar la palabra, y, por qué no, de Dios y de los otros.

“Ya no surgirán cristianos de procesos sociológicos o grupales. La apuesta por *una nueva mística* con todos los medios y creatividad de los que disponemos es clave para nuestra época. Todo lo que vaya orientado a la formación para la interioridad, a favorecer experiencias de encuentro personal con Dios, a acompañar a otros para leer la propia vida desde Dios, es la mejor inversión que podemos hacer en nuestra pastoral con jóvenes”.

b) Ayudar a descubrir la propia vocación

La pastoral con jóvenes siempre es pastoral vocacional. *No hay camino de fe sin propuesta vocacional.* En la medida en que acompañamos procesos de interiorización de la fe en los jóvenes, estamos promoviendo la perspectiva vocacional. Que el joven descubra su propia vocación es una cuestión vital para toda la Iglesia. Por eso hemos de invertir todos nuestros esfuerzos en que la comunidad cristiana acoja, cuide y active las diferentes vocaciones para hacer realidad el sueño de Dios entre nosotros y que los jóvenes encuentren referentes vocacionales válidos a su alcance.

Entendemos que la opción vocacional, en sentido amplio y específico, debe ser el fruto maduro e imprescindible del proceso de educación en la fe, de proceso de crecimiento humano y cristiano. Es *eje transversal y tarea específica.* La orientación vocacional constituye el vértice y el coronamiento de toda pastoral con jóvenes; y esto no como momento final del camino de fe, sino como una dimensión que debe estar presente a lo largo de todas las etapas del proceso. Es necesario, pues, educar la dimensión vocacional de la persona del joven para ayudarle a descubrir que todo cuanto le acontece en la vida no deja de ser una llamada de Dios a vivir su propia vocación cristiana. Para ello será necesario educar la vocación a ser persona, educar a la vocación cristiana y educar a la vocación específica.

c) Priorizar el acompañamiento pastoral en los jóvenes

El *acompañamiento personal* de la vida creyente de nuestros jóvenes por parte de personas adultas en su fe constituye otra práctica pastoral necesitada de un notable refuerzo. Este importante servicio pastoral ayuda sobremanera a personalizar la fe y a ponerla a la escucha y búsqueda del proyecto singular que Dios alberga sobre la vida de cada uno de los jóvenes. En otras palabras: fortalece el sentido vocacional de la vida cristiana. Además hemos de posibilitar una formación adecuada acerca del acompañamiento personal y espiritual de los jóvenes, sobre todo de los jóvenes animadores, para que éstos ayuden a otros jóvenes en su camino de fe.

“El *acompañamiento grupal* posibilita que en el grupo de iguales el resto de los miembros del grupo ejerzan un rol de acompañamiento unos de otros. Así se pueden ejercitar y contrastar las actitudes que se trabajan y la madurez personal que se va desarrollando en



el campo concreto de las relaciones interpersonales. El grupo es también un espacio donde aprender a servir y acompañar a los otros sin apropiárselos, a cuestionar los propios intereses y relativizar el propio yo en función del nosotros y de los otros, donde aprender a amar en lo concreto.

Aunque el grupo ofrece ya un cierto nivel de pertenencia, todas las personas nos formamos en los ambientes: espacios más amplios de pertenencia y participación de los que vamos asumiendo valores, actitudes, hábitos, capacidades... En estos tiempos urge generar un ambiente amplio, mayor que el grupo reducido, de relaciones entre jóvenes que permita el caldo de cultivo necesario para arraigar y consolidar una identidad cristiana en el momento en que se está formando: valores, apuestas y horizonte.

Si no ofrecemos este ambiente propicio a los valores que proponemos a los jóvenes, los dejamos a merced de los otros ambientes en los que se encuentran inmersos: centros de estudio, medios de comunicación social, familia, cuadrilla, calle... En estos últimos años, vamos constatando la importancia que tiene la interrelación entre todos los jóvenes (de grupos de fe, voluntarios, de proyectos sociales, monitores de tiempo libre, catequistas...) con la comunidad cristiana, lo que llamamos el *acompañamiento ambiental*. Este tipo de acompañamiento permite generar un espacio donde se van transmitiendo otros valores, otro estilo de relación, otra forma de vivir y relacionarse. Al mismo tiempo, es un espacio donde los jóvenes pueden ser referencia unos para otros”.

Constatamos que los jóvenes actuales sienten la necesidad de tener unos nuevos espacios: propios, entre iguales, significativos, donde se encuentren en libertad, y que se constituyen en espacios de socialización. Así mismo sienten la necesidad de espacios donde sentirse protagonistas y de esta manera, se

constituyen en punto de referencia del proceso del grupo. Tal vez haya que ofrecer unas *plataformas o movimientos plurales de encuentro* con una dinámica abierta y flexible, y que sean un punto de referencia para los jóvenes, más que grupos de reflexión, que únicamente se reúnen en una sala para hablar de cuestiones más o menos trascendentales. Que sean lugares de expresión de la fe, donde se amplíe la idea de grupo pequeño; que incluyan dinámicas novedosas, que abarquen la acción y no sólo la reflexión; que cuiden la formación de los que acompañan tanto los procesos grupales como los procesos personales; que compaginen una oferta plural de actividades y experiencias con un cierto acompañamiento que permita la personalización de las experiencias significativas. La interrelación entre los diferentes jóvenes y animadores es muy importante para el crecimiento personal y de fe. En la labor pastoral con jóvenes, hoy es clave atender al *tejido de redes primarias*, más ligados a la cotidianeidad, de pertenencias plurales, de comunidades menos dogmáticas, donde se da mucha importancia a la comunicación y al deseo de relaciones personales auténticas...

3.4.6. Posibilitar la interrelación entre los jóvenes y los pobres

El objetivo de una comunidad cristiana es hacer *significativa* la presencia de Dios a favor de las mujeres y hombres de nuestra sociedad. Lo peor que les puede suceder a nuestras comunidades es que resultemos inocuos e indiferentes para los jóvenes y los pobres. Hemos de hacer una opción por descubrir los valores contraculturales de nuestras sociedades y encarnarlos, renunciando a aquellas realidades que no sean compatibles con el Evangelio, y así ser una alternativa global de vida para los jóvenes.

Somos llamados a vivir en las periferias, en los desiertos y en las fronteras. Cuando dejamos



de ser extravagantes, nos integramos en el sistema, y dejamos de ser “raros”, entonces nos volvemos tan normales que perdemos nuestra fuerza profética. Somos habitantes del límite, y estamos llamados a caminar por los extremos. Cuando nos acomodamos y dejamos de vivir exageradamente la vida, perdemos nuestra significatividad en el camino. Entonces la vida comunitaria deja de ser una parábola que cuestiona y da luz para el camino. Nuestras comunidades dejan de ser esos faros encendidos en la noche que hacen señas a los jóvenes que navegan hacia el Reino.

Para nosotros cualquier propuesta vocacional pasa por los pobres. Necesitamos intensificar en los jóvenes experiencias mayores de búsqueda, comprensión y servicio entre los pobres acompañando a la comunidad. No bastan tareas esporádicas, es preciso hacer de ello tarea y talante de vida en los ámbitos ordinarios y extraordinarios de la existencia.

Ahora bien, la mejor y más urgente acción a favor de los pobres es ofrecerles jóvenes solidarios con su situación, más comunidades presentes y comprometidas, más siervos que salen a sus caminos, más testigos del amor de Jesús, más defensores de su dignidad, más creyentes samaritanos.

El ejercicio del amor solidario es el mejor camino para encontrar o recuperar la fe. El que aprende a amar solidaria y gratuitamente empieza a entrar en el Reino. La comunidad samaritana enseña a los jóvenes los caminos samaritanos de la proximidad. Un corazón transformado por la solidaridad es un corazón abierto a los caminos del Espíritu.

La solidaridad y el encuentro con la exclusión social es ocasión para despertar interrogantes en los jóvenes, es experiencia que les hace trascenderse y descubrir a Dios en los pobres, es el lugar donde Dios les llama y les convoca a entregar la vida junto con su comunidad. Todo proceso pastoral está en referencia concreta a

los pobres. El voluntariado social es una buena plataforma desde la que los jóvenes pueden aproximarse a los excluidos de nuestro tiempo así como una oportunidad pastoral para ir o volver a la fe.

“Constatamos que los jóvenes viven una *“implicación solidaria distanciada”* donde no se busca una transformación radical, sino una especie de ética práctica del cada día, centrada poco a poco en las causas y con una mezcla de altruismo y de individualismo. La experiencia solidaria, necesaria para salir de sí mismos y mirar el mundo “desde otro lado”, ampliando horizontes, es una oportunidad que necesita ser acompañada para que cale en las raíces de la propia identidad”.

Por tanto, hemos de posibilitar experiencias puntuales o permanentes de servicio a los pobres, acompañadas de una reflexión que les ayude a tomar conciencia de las implicaciones más allá de la experiencia vivida. En la medida en que la comunidad cristiana está implicada en la “suerte de los pobres”, y se deja tocar por ellos, los jóvenes encontrarán un espacio significativo de Reino que les permita trascender y complicarse la vida por la causa de Jesús de Nazaret”.

3.4.7. Ceder más protagonismo a los jóvenes

Hoy más que nunca los jóvenes ponen a prueba la incondicionalidad de nuestro amor hacia ellos: estar con ellos, buscar con ellos, explorar con ellos, esperar con ellos... de modo gratuito. La pastoral *con* jóvenes de este milenio nos provoca tal incertidumbre que se tambalean las opciones más profundas de nuestro servicio a los jóvenes, hasta el punto que o nos dejamos evangelizar por ellos o seguiremos justificándonos “haciendo lo de siempre”.

“Los jóvenes necesitan ser protagonistas de su proceso. La comunidad cristiana cree en sus



posibilidades y capacidades de crecer, cambiar y aportar a su vida y al proyecto de Dios. Deben ser tenidos en cuenta, preguntados. No hay que darles todo hecho ni proponerles qué hacer, sino más bien facilitarles los instrumentos necesarios para que salga de ellos mismos. Debemos arriesgar en darles responsabilidades acordes a su situación y capacidad que les hagan crecer, identificarse y contrastarse. No hay madurez sin responsabilidad, no hay confianza si no notan que apostamos y creemos en ellos. No pueden ser objeto, sino sujetos de su propio proceso.

Los jóvenes necesitan ensayar las capacidades que van descubriendo. Necesitan un espacio donde ser ellos mismos, descubrir sus capacidades y probarse fuera de la mirada protectora o crítica de los adultos. La sociedad parece montada de tal manera que los jóvenes tienen muy poco que aportar; así que se refugian en la noche, las fiestas, el chat, internet..., es decir, donde les dejamos. Es necesario regalarles espacio y ayudarles a ser protagonistas de su propia historia y la de los demás”.

Admitir el protagonismo de los jóvenes lleva consigo una serie de actitudes y compromisos para toda la comunidad cristiana: “que se construya “desde” ellos y “con” ellos y, no sólo “para” ellos”.

3.4.8. Invertir decididamente en la formación de los agentes de pastoral

“Es un motivo de mucha alegría encontrarse con agentes de pastoral con actitud de búsqueda. Son personas abiertas, que saben disfrutar de los procesos pastorales donde están situados, que no están obsesionados por los números, que se alegran por los progresos concretos que hacen personas concretas. ¡Cuánta riqueza humana y personal transmiten tantas personas dedicadas a la

pastoral!” Es admirable observar cómo muchos jóvenes viven con entusiasmo e ilusión ser agentes de pastoral. ¡Cuánto derroche de generosidad al servicio de los jóvenes!

Ahora bien, ser agente de pastoral supone no solamente buena voluntad y entusiasmo, sino que debe exigirse una preparación, una capacidad, una vocación capaz de *proponer algo inédito*, nuevo, una fuerza para vivir.

Hemos de exigir a nuestros agentes de pastoral que sean jóvenes adultos, maduros y creyentes, llamados por Dios a vivir su ser animador como una vocación específica dentro del camino de su vocación cristiana, con una preparación y competencias adecuadas que harán de él o ella, no sólo un animador competente, sino una persona capaz de amar a los jóvenes y ayudarles a descubrir el sentido de su vida, el camino de su fe y su vivencia dentro de la comunidad cristiana.

Es cierto que la formación de los agentes de pastoral es una necesidad sentida y manifestada en todos los ámbitos pastorales. Sin embargo, no gozamos de una formación pastoral a tono con la situación actual de los jóvenes. No han faltado propuestas formativas, pero son escasamente seguidas por los agentes de pastoral. No invierten tiempo en una formación sistemática y apropiada a los tiempos que corren. Están demasiado “ocupados” en lo inmediato, en la actividad que desarrollan con los jóvenes...

Urge motivar la necesidad e importancia de la formación así como posibilitar tiempos, espacios y formatos adecuados para llevar a cabo dicha capacitación pastoral. Hacen falta *guías competentes*. Necesitamos personas que hayan transitado por los caminos de la vida y la fe, que propongan una fuerza para vivir. El requisito de fondo imprescindible para que un agente de pastoral se sostenga en pie -



y que nunca hay que dar por supuesto-, es su experiencia personal de fe.

Por tanto, “el agente de pastoral debe atender a su doble condición de cristiano y de animador de jóvenes. Como cristiano debe cuidar su formación de modo adecuado y permanente. Y como animador de jóvenes debe prepararse y formarse específicamente para el ministerio eclesial que va a realizar”.

3.4.9. Promover los nuevos lenguajes y símbolos

En estos años ha cambiado el modo que tenemos de relacionarnos con los demás, de ofrecer mensajes, de llegar al otro. Han cambiado los medios y, por tanto, de alguna manera, han cambiado los propios mensajes. Las *gramáticas interpretativas*, aquellos códigos que nos permitían no sólo relacionarnos con el otro sino también con el mundo, han modificado sus medios. Y si somos seres en relación, no podemos quedarnos indiferentes a este cambio. El reto de la pastoral con jóvenes ante estas nuevas gramáticas es *inculturarse* en este nuevo mundo que ha surgido en los últimos años y que no cesa de cambiar. No hacerlo supone no estar en el mundo con los jóvenes.

Por tanto, un gran reto pastoral en nuestros días es *decir la fe de modo culturalmente aceptable y comprensible*, redescubriendo el núcleo central y vital de la experiencia cristiana, contando a Jesús a los jóvenes de hoy.

Cuando nos preguntamos cuáles son sus nuevas realidades, sus nuevos modos de entender el mundo, sus nuevos lenguajes, sus nuevas formas de comunicarse... nos reconocemos gestando una nueva pastoral que conecta con ellos, nos sumergimos en su mundo para ver cuáles son las huellas que Dios ha ido dejando y abandonamos la

imagen del conquistador para asumir la del explorador.

Creemos que Dios está en el mundo de los jóvenes. Por eso mismo les escuchamos, creemos y sentimos que lo que el joven dice es importante, necesario y esencial, les aceptamos sus desenfoces, sus incoherencias, como ellos aceptan las nuestras, entablamos un diálogo que en muchos casos se convierte en confianza amistosa.

Los nuevos lenguajes nos lleva a recuperar lo corporal como lugar de encuentro -expresión corporal, danza, teatro, juegos de contacto, aromas...-; lo lúdico-festivo como constructor de grupo y de identidad -juegos de cooperación, de participación, de confianza, de autoestima, interculturales, intergeneracionales, etc.-; lo creativo como hacedor de sueños que ayuda al joven a “subir” un peldaño, hacia la Trascendencia – creando juegos, experiencias, fomentando el pensamiento alternativo, imaginando proyectos, trabajando en cosas nuevas, construyendo mensajes de vida a través de internet, de power point, leyendo, releyendo el evangelio desde distintas claves y perspectivas-.

Hay que escuchar bien su lenguaje -música, noche, modas, cine, estilos, estéticas...- para comprender bien su realidad. Nuestra fe, nuestro horizonte de sentido es válido para ellos, aunque sea expresado de otra forma por ellos, porque el proyecto de Dios es proyecto para todos.

No se puede hoy día pensar en la educación de la fe sin integrar en esa educación la dimensión de lo emotivo, de lo sensible, de lo corpóreo... Hemos de potenciar lo sensorial, lo narrativo, lo dinámico, lo emotivo y lo sensacional. Recuperar la capacidad de fascinación -contactar con los deseos y problemas de los jóvenes-. Envolver las ideas abstractas con lenguajes narrativos sólidos y



bien trabados -personajes, testimonios, anécdotas, biografías, etc.-. Más que demostrar, justificar o convencer, los jóvenes necesitan que se les cuente, que se les sugiera y que se les implique desde la narración de historias de vida. Utilizar géneros evangélicos como la parábola será indispensable. La palabra más que el concepto, la sugerencia más que la demostración. Debemos ser capaces de narrar nuestra propia historia a vueltas con la fe. Lo que se narra sabe a auténtico, y es más creíble que lo aprendido pero no experimentado. Lo que hemos vivido y lo que vivimos es lo que debemos transmitir.

3.4.10. Potenciar siempre el trabajo en equipo y en red

Las diversas actividades e intervenciones en la pastoral con jóvenes tienen una misma y única finalidad: la promoción integral de los jóvenes y de su mundo. Por esto se ha de superar la pastoral sectorial de muchas actividades, sin coordinación entre sí, y lograr una pastoral más orgánica, haciendo realidad la convergencia y unión en las finalidades, opciones preferenciales y criterios de acción, y la conexión e interrelación de todos los elementos y aspectos que intervienen en la acción pastoral.

Tal convergencia viene exigida por la persona de nuestros destinatarios –hacia la cual se dirigen las diversas propuestas–, por las propias comunidades cristianas –que deben compartir objetivos y líneas operativas– y por la necesaria complementariedad de las diversas intervenciones, experiencias y modelos pastorales.

Consideramos de suma relevancia que los agentes pastorales desarrollen un estilo de trabajo en equipo, coherente con el modelo comunitario y eclesial. Este estilo de trabajo requiere considerar las distintas sensibilidades presentes en la comunidad, aunar criterios en

la búsqueda común del servicio a los jóvenes, evitar las arbitrariedades y personalismos y generar los liderazgos necesarios de acuerdo a las habilidades de cada miembro del equipo y a las necesidades de los jóvenes.

Apostamos por un *liderazgo ministerial*, es decir, un liderazgo que, siendo directivo y no autoritario, propone líneas de acción, con una comunicación acorde con el servicio de cada uno, que no es vertical y descendente sino que valora el diálogo, que genera y potencia liderazgos específicos, facilitando espacios de autonomía en la toma de decisiones y motivando la iniciativa y creatividad según el carisma de cada uno.

Si queremos sacar adelante una nueva pastoral con jóvenes necesitamos disponer de ciertos *recursos humanos y materiales*. Estos nuevos tiempos que vivimos requieren una mayor y cualificada presencia de los presbíteros acompañando las diversas realidades de pastoral con jóvenes, así como de un apoyo decidido a aquellos religiosos/as y seglares que accediendo a una adecuada formación y ofreciéndoles autonomía y responsabilidad, puedan promover la pastoral juvenil que estamos dibujando en estas páginas. También hemos de invertir en la contratación de personas, preferentemente seglares, que puedan impulsar una pastoral juvenil actualizada, así como dotarnos de fondos económicos holgados que permitan llevar adelante una propuesta evangelizadora que cale verdaderamente en todos los jóvenes.

Concluimos con dos convicciones muy presentes en nuestra presencia con los jóvenes: “el corazón de la misión es llevar a Dios dentro” y “la entraña de la misión es la comunión”. Hay muchos jóvenes que esperan que alguien les escuche, les quiera y les ame; alguien que crea en ellos, que confíe “a muerte” en ellos, pase lo que pase. El presente y futuro de la pastoral con jóvenes pasa por nuestra experiencia de *comunión*



eclesial. Aquí cabemos todos. Nos necesitamos unos de otros; ya nadie es autosuficiente, o no debiera serlo. Hoy más que nunca estamos urgidos a concertar esfuerzos, a unirnos manteniendo nuestras identidades, a relativizar modos y estilos, a ampliar horizontes para facilitar la pastoral de conjunto que siempre beneficiará a los jóvenes. Así construiremos entre todos una Iglesia con los jóvenes.

La Palabra de Dios cierra esta exposición, con unos versículos del profeta Habacuc, que nos enseña a esperar contra toda esperanza:

*“Aunque la higuera no eche sus brotes,
ni den su fruto las viñas;
Aunque falle la cosecha del olivo,
No produzcan nada los campos,
Desaparezcan las ovejas del aprisco
Y no haya ganado en los establos,
Yo me alegraré en el Señor,
Tendré mi gozo en Dios mi salvador.
El Señor es mi señor y mi fuerza,
Él da a mis pies la ligereza de la cierva
Y **me hace caminar por las alturas.**”*

Hab 3,17-19



Bibliografía

- AA.VV., La fe, Fundación Santa María-Cátedra Chaminade, PPC, 2005
- ADSIS, Jóvenes y Dios. Proyecto de Pastoral con Jóvenes, PPC, 2007. El acompañamiento pastoral a jóvenes. Madrid, 2003, 25-26. *Id.*, Objetivos Generales, Madrid 2001.
- ADSIS GASTEIZ, Comunidad Adsis en Vitoria-Gasteiz: un horizonte abierto, Vitoria 2006.
- ARENAS, A.- VIZCAINO, E., Los lenguajes de la pastoral, en Catequética, 325-341.
- ARZOBISPADO DE SANTIAGO DE CHILE, Plan Pastoral Esperanza Joven. Itinerario formativo para la pastoral juvenil. Santiago de Chile, 2000.
- ASAMBLEA DE LOS OBISPOS DE QUÉBEC, Proponer hoy la fe a los jóvenes: una fuerza para vivir. Una buena parte de este documento se puede leer en AA.VV., Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto. Sal Terrae, Santander, 2005, 161-191. Se puede consultar entero en www.gazteok.org
- BELDERRAIN, P., Testigos de la experiencia de Dios, en Revista Todos Uno, 2005.
- BOSCHMA J., Generación Einstein: más listos, más rápidos, más sociales, 2008.
- CARAM, L., Experiencia de Dios desde la contemplación, en Revista Todos Uno, 2005.
- CEAS, Nuevo Proyecto Marco de Pastoral de Juventud. Madrid, 2008.
- CEREZO, J.J. – GÓMEZ SERRANO, P.J., Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro. PPC, Madrid, 2006.
- COMPAÑÍA DE JESÚS, Retos y fines de la Pastoral Juvenil Ignaciana. Madrid, 2002. *Id.* Un tesoro que desenterrar... Algunas sugerencias para la Pastoral Vocacional. Madrid, 2005.
- DE MINGO, A., Hacia las fuentes de la vida interior, Pliego Vida Nueva, PPC, 2004.
- DERROITTE, H., Por una nueva catequesis. Jalones para un nuevo proyecto catequético. Sal Terrae, Santander, 2004.
- FERNÁNDEZ, B.-TORRES, F., Recrear nuestra espiritualidad, Publicaciones Claretianas, Madrid 2001.
- GEVAERT, J., El primer anuncio. Proponer el Evangelio a quien no conoce a Cristo. Sal Terrae, Santander, 2004.
- GUTIERREZ, K., Alegrías, tristezas y anhelos de un agente de pastoral, en Misión Joven 332 (septiembre 2004), 15-21.
- HUEBSCH, B., La catequesis de toda la comunidad. Hacia una catequesis por todos, con todos y para todos. Sal Terrae, Santander, 2005.
- MOVILLA, S., Educación de la fe y comunidad cristiana. PPC, Madrid, 2001.
- MUNTANER, G., La novedad como estímulo: vicisitudes de la sociedad y de la religión en una época nueva. Verbo Divino, Estella, 2005.
- NOUWEN, H., El regreso del hijo pródigo, PPC, Madrid 1995⁵.



- OBISPOS VASCOS, Renovar nuestras comunidades, San Sebastián 2005.
- OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIAÍSTICAS, Nuevas vocaciones para una nueva Europa. Madrid, 1997.
- OLAIZOLA, J.M., Las pertenencias flexibles... o la necesidad de “hacerse todo a todos para anunciar el evangelio”, en Misión Joven 371, Madrid, 2007, págs. 25-32/49-40.
- PARRILLA, J., Célibes por y para la misericordia de Dios, Madrid 1993.
- PÉREZ ÁLVAREZ, J.L., Dios me dio hermanos. Comunidad cristiana y Pastoral de Juventud. CCS, Madrid, 1993. *Id.*, Entre lo propio y lo ajeno. La experiencia comunitaria en la PJ, en Revista de Pastoral Juvenil 423 (diciembre 2005), 3-14
- SALAZAR, J., Solidaridad y trascendencia. Madrid, 2004.
- SÁNCHEZ-MARCO, F., La relación personal con Jesucristo, Deusto, 1996.
- SASTRE, J., Hacia una fe más personalizada. Diócesis de Vitoria, 2002, 13-44.
- SECRETARIADO INTERDIOCESANO DE PASTORAL JUVENIL DE CATALUÑA Y BALEARES, Mirada nova. Vers un nou impuls de la Pastoral de Joventut. Barcelona, 2003.
- URÍBARRI, G., El mensajero. Perfiles del evangelizador, Desclée de Brouwer, Bilbao 2006.